

A mis lectores

por Jorge Vall Escriu

No se halla en mi ánimo insistir sobre un tema ya sobradamente aclarado y rematado en todos sus ángulos y mucho menos cuando la intención se halla expuesta de forma clara y llanamente. Sin embargo y en esta ocasión, pido y ruego a mis lectores me disculpen por la insistencia sobre el mismo tema, a tenor de la carta dirigida a mi persona por el señor Daniel Carbonell (N.º 202 de CDR).

No me preocupan los ataques y las controversias, no me preocupan las diferencias de opiniones, ni tan siquiera a través del prisma en que se quieran ver las cosas, aunque éste esté empañado, pero es preciso que me dirija a mis lectores, porque se me ha tildado de embustero y esto es algo que no puedo tolerar.

He de insistir y reafirmar que según mi artículo anterior, en que el señor Carbonell salía aludido, la conversación radiofónica susodicha fue llevada a cabo en los términos ya expuestos y que repito: «¿Vd. es también crítico de discos, no es eso?—Exactamente.—¿Y qué ocurre cuando un disco es malo? ¿qué pone entonces en el dorso? ¿indica que el disco es malo?—No, no. Cuando el disco es malo, se pone que es menos bueno, o sea que no se da tanto elogio...».

El señor Carbonell desmiente categóricamente que él haya hecho tales afirmaciones y naturalmente les corresponde a mis lectores darle o no crédito, aunque, repito, me reafirmo en las mismas, porque mis oídos son aún lo bastante buenos para oír bien y mi memoria lo bastante clara para recordar algo tan simple y concreto, pues como se apreciará en mi artículo y en todos los que escribo, procuro e intento que la sinceridad flote en todo momento y si soy atacado en alguna ocasión, es precisamente por eso.

Creo sinceramente que el señor Carbonell ha cometido un error al escribir esta carta, porque no existe justificación alguna para ello, lo dicho, dicho está y es inútil subsanarlo. Para ello ha recurrido afanoso a llenar líneas, con el enojo desbordante en ca-

da renglón, sin base, sin fundamento, como el toro que ataca ciegamente, balanceándose según sople el viento.

Ya en un principio intenta justificar que en una conversación radiofónica llevada en tono más bien humorístico y cordial, es indispensable cualquier opinión o frase... luego se da cuenta que estas palabras podrían entenderse como una disculpa y las rechaza incluso desmintiendo que las haya dicho. ¿En qué quedamos, se han dicho en tono cordial y simpático o no se han dicho jamás?

Pero se sigue complicando la vida al llegar a conclusiones tan peregrinas como las de confundir el «arte» con el «espectáculo» y para ello pretende ilustrarme de forma infantil sobre el significado de las palabras según el diccionario. ¡Lamentable! Y, está bien claro, si un espectáculo es aquello que se ofrece a la contemplación intelectual y es capaz de mover el ánimo, el jazz se halla TOTALMENTE EXCLUIDO de dicha clasificación, porque el jazz es música y la música es arte, y, en fin, el señor Carbonell no sabe lo que es arte. Y, aunque le parezca extraño, al arte no se consigue darle una explicación literaria, si la persona que la lee, no posee la sensibilidad necesaria para ello.

Le preocupa al señor Carbonell mi excesiva integridad, pero no me hace un gran favor reconociéndola, pues yo se perfectamente que la integridad es algo muy difícil de lograr y que nunca se es bastante íntegro y que yo no lo soy bastante y que por mucho que me esfuerce, siempre habrá personas más íntegras...

La carta se complica más cuando ya no sabe como justificarse y naturalmente acude al ataque por otros derroteros, en vez de apurar su punto

de vista sobre el mismo tema, como debería hacer para defenderse con dignidad.

Es natural que si confunde el arte con el espectáculo, quiera dar espectáculo al público en vez de arte y su falta de experiencia no le permite comprender que es sólo uno, el camino a seguir: el de ofrecer al público auténtica calidad artística y rechazar toda posibilidad de mediocridad. No hay «Tabú» que valga, sólo verdadero arte y el que no lo comprenda debe esforzarse en comprenderlo, pero nunca se le ha de contentar con inferioridades.

El señor Carbonell, alude a muchos hombres que él ha conocido y conoce que en su labor por el jazz, han dejado de ganar dinero, pero no nombra ninguno. El sabrá.

Y ya, en su confusión final recoge mis palabras transformándolas a su gusto, tales como «en la actualidad no existe el verdadero crítico sincero». Sí, efectivamente, puse de manifiesto tal frase, pero como el lector observará en dicho artículo, fue con la clara intención de dar una *opinión general*, llevada a cabo entre amigos que conocen y aman el jazz tanto como yo y que en definitiva se halla expuesto de manera *general*, a título de comentario. Pero es más erróneo aún afirmar el que yo haya dicho que *el único crítico sincero sea Panassié*, cuando la verdad es que dije (y el artículo lo confirma), que Panassié es un crítico sincero, pero nada de «único».

Me parece que el señor Carbonell debería leer las cosas con más detenimiento y usar el diccionario que quiere mostrarme, para su uso particular, pues puedo añadir que «Panassienista» no se lo que quiere decir, ni está en ningún diccionario y su frase final de «afortunadamente todo esto no impide a nadie tocar», se halla tan fuera de lugar como su propia inconsciencia.

Por último debo añadir que la alusión hecha por el señor Carbonell en su carta, referente a Hugues Panassié, es sencillamente deprimente, porque en resumen el señor Carbonell no sabe de Panassié absolutamente nada y lo admira por ello... Incomprensible.

LEA Y PROPAGUE

LA REVISTA

CLUB DE RITMO